

Leonardo de Argensola. Véase la lección antes citada.

### CAPITULO XXXVIII.

*Caractéres generales del estilo. Estilo sencillo, afectado, vehemente.*

PARO á tratar del estilo bajo el carácter de sencillez ó naturalidad, en cuanto opuesta á la afectacion.

Diferentes son las significaciones dadas á la palabra *sencillez*; y es necesario distinguir las desde luego, para hacer ver en que sentido es un atributo propio del estilo.

La 1.<sup>a</sup> es la sencillez de la composicion, en cuanto opuesta á la demasiada variedad ó complicacion de partes. A esta se refiere el precepto de Horacio:

... *Denique sit quotvis simplex  
Duntaxat et unum.*

En este sentido sencillez es lo mismo que unidad.

La 2.<sup>a</sup> es la sencillez de pensamientos, en cuanto opuesta á la sutileza. Pensamientos sencillos son los que se ofrecen naturalmente; los que con facilidad son comprendidos de todos; y los que no tienen la apariencia de ser esquisitos, ó como los franceses los llaman *rebuscados*. En este sentido decimos, que los pensamientos de Ciceron en asuntos morales son sencillos, y los de Séneca demasiado refinados. Ninguna de estas dos signi-

ficaciones tiene relacion directa con el estilo.

La 3.<sup>a</sup> es la sencillez en cuanto se opone al demasiado ornato, ó pompa del language: y en este sentido entienden Ciceron y Quintiliano el género de decir sencillo, el tenue, ó el sutil, que coincide con el estilo llano, y el limpio ya esplicados.

La 4.<sup>a</sup> no es tanto relativa al grado de ornato, como á la manera fácil y natural en que espresamos nuestros pensamientos. En el sentido anterior la sencillez es equivalente á la llaneza: en esta es compatible con el mayor ornato. Homero posee esta sencillez en la mayor perfeccion: y sin embargo no hay escritor que posea mas ornato y belleza. Asi la sencillez de estilo es opuesta, no al ornato, sino á su afectacion, ó á la apariencia del trabajo en el mismo; y es una prenda sobresaliente. Horacio la describe de esta suerte:

... *Ut sibi quivis  
Speret idem, sudet multum, frustra que  
laboret.*

No se opone á este estilo cierto grado de negligencia. *Habeat ille*, dice Ciceron, *molte quiddam; et quod indicet non ingratam negligentiam hominis, de re magis, quam de verbo laborantis*. Leyendo un autor dotado de esta sencillez parece que estamos hablando con una persona de distincion en su casa y con franqueza, descubriendo por ella unas maneras naturales y un carácter elevado.

Los escritores originales antiguos son los

que sobresalen en esta sencillez : porque escribieron á impulsos de su ingenio, y no imitando los escritos de otros; de lo que es fácil resulte alguna afectacion. Por esto entre los griegos hay mas modelos de sencillez, que entre los latinos; y se distinguen en ella Homero, Hesiodo, Anacreonte, Teócrito, Herodoto y Jenofonte. Con todo se encuentran algunos entre los últimos; entre ellos Terencio, Lucrecio, Fedro y Julio Cesar.

Sobre los escritores ingleses y españoles faltos de sencillez me refiero á lo dicho en la leccion XIX.

El mayor grado de esta sencillez se espresa por el término frances *naïveté*; que en rigor no tiene equivalente en nuestra lengua : y el cual, segun la descripción de Marmontel, es aquella especie de ingenuidad amable, ó franqueza sin disfraz, que parece darnos alguna especie de superioridad sobre la persona que la muestra; cierta sencillez infantil, que al paso que apreciamos en nuestro interior, nos hace ver siempre algunas facciones de un carácter, que procuráramos ocultar con arte; y que por tanto nos incita á sonreirnos de la persona que lo manifiesta. Esta sencillez tiene La-Fontaine en sus fábulas.

Para prevenir equivocaciones es necesario observar, que es muy fácil escribir con sencillez, y sin belleza ninguna. Puede un escritor carecer de afectacion, y no tener mérito particular. La sencillez bella supone genio para escribir con solidez, pureza y viveza de imaginacion : es el ornato, que realza y corona las demas bellezas; y el ropage de

la naturaleza, sin el cual están desnudas é imperfectas todas. Por tanto es preciso distinguir entre la sencillez compañera del genio, y compatible con el ornato propio de cada especie de estilo, y la que solo es una manera desaliñada. La primera jamas deja de interesar; y la última es siempre insípida y empalagosa.

Diferente de los ya mencionados es el estilo que puede llamarse vehemente. Este envuelve la energia, y es compatible con la sencillez. Pero en su carácter dominante se distingue de aquella y de esta; por ser estilo acalorado, el lenguaje de un hombre penetrado fuertemente de lo que escribe, y que descuidando por tanto las gracias mas menudasse derrama con la rapidez y el caudal de un torrente. Este estilo es perteneciente á las clases mas elevadas de la oratoria y son un modelo cabal de él las oraciones de Demóstenes. D. Diego Hurtado de Mendoza manifestó alguna disposicion para este estilo en el discurso del Zaguer, exortando á rebellion á los Moriscos; que se halla en el *libro* I. de la guerra de Granada. De la diversidad de las materias opina Capmani, que proviene la diversidad de estilos en fr. Luis de Granada : yo creo, que no hay en él tal diversidad de estilos; que si unas veces es vehemente y otras tranquilo, es porque no siempre debió ser vehemente; y que sino es siempre que debia serlo, proviene de que no castigó sus escritos; pues cercenadas las redundancias, hubiera sido mayor su vehemencia.

Los escritores agudos descubren tanto in-

genio en sus composiciones, que su estilo toma un carácter de viveza; aunque para decir verdad, no es fácil juzgar, si se debe contar esta entre los atributos del estilo ó imputarla solamente al pensamiento. Sea lo que fuere, deben evitarse con esmero todas las apariencias de esto, porque la afectacion es uno de los mas feos borrones del estilo. *Vease la leccion XIX.*

### CAPITULO XXXIX.

#### *Reglas para adquirir un estilo propio.*

**A** PROPÓSITO será dar fin á las indagaciones sobre el estilo con algunas reglas; tocantes al método propio de conseguir un buen estilo en general; dejando que el asunto, sobre que escribamos, ó el impulso peculiar del genio, forme el carácter particular de nuestro estilo.

La 1.<sup>a</sup> es adquirir ideas claras del asunto sobre el cual hemos de hablar ó escribir. El estilo y los pensamientos de un autor estan enlazados tan de cerca, que por lo comun es difícil distinguirlos. Así puede asegurarse, que la regla esencial es meditar profundamente el asunto; recapacitar sobre él, hasta que háyamos formado idea cabal y distinta de la materia, y tomado por ella un interés y un calor grande. Generalmente hablando las espresiones mejores, y mas propias, son aquellas que el asunto visto con claridad siguiere sin mucho trabajo. Esta es observacion de Quintiliano, *lib. viii.*

*cap. i. Plerumque optima verba rebus coherent, et cernuntur suo lumine. At nos quærimus illa tamquam lateant, seque subducant. Ita nunquam putamus verba esse circa id quod dicendum est; sed ex aliis locis petimus, et inventis vim afferimus.*

La 2.<sup>a</sup> es la práctica de componer frecuentemente. Mas para mejorar el estilo no basta componer de cualquiera manera; pues adquiriríamos ciertamente un estilo malísimo, componiendo mucho, de priesa, y sin cuidado. *Moram et sollicitudinem*, dice Quintiliano *lib. x. cap. iii.*, *institis impero. Nam primum hoc constituendum et obtinendum est, ut quam optime scribamur: celeritatem dabit consuetudo. Paulatim res facilius ostendent; verba respondebunt; compositio prosequetur. Cuncta denique, ut in familia bene instituta, in officio erunt. Summa hæc est rei, cito scribendo non fit ut bene scribatur; bene scribendo, fit ut cito.* Sin embargo es preciso observar, que puede haber exceso en punto al nimio cuidado y afan por las palabras. La demasiada atencion á estas no debe cortar el hilo de las ideas, ni resfriar el calor de la imaginacion. Al tiempo de corregir se hará un examen mas severo de las inadvertencias. Para esto debe guardarse algun tiempo lo escrito; y reviendo entónces nuestra obra á sangre fria, como si fuese agena, descubriremos muchas imperfecciones que se nos escaparon en la primera composicion: cercenaremos las redundancias: pesaremos la coordinacion de las sentencias: atenderemos á la

trabazon y particulas conexas; y daremos al estilo una forma regular, correcta y sostenida. A este trabajo de la lima se deben sujetar cuantos aspiren á comunicar ventajosamente sus pensamientos á otros.

La 3.<sup>a</sup> es familiarizarnos bien con el estilo de los mejores autores. En la lectura de estos, con mira al estilo, se ha de poner la atencion en las particularidades de sus maneras diferentes: y el ejercicio mas útil, á mi entender, para adquirir un buen estilo es traducir en nuestras propias palabras algun pasage de un autor clásico castellano. Este ejercicio nos mostrará, por comparacion, donde están los defectos de nuestro estilo; y entre los diferentes modos de expresar un pensamiento, nos hará percibir cual es mas bello. Pero es preciso precavernos de la imitacion servil de un autor, cualquiera que sea. Esto es siempre peligroso; porque embota el genio; y porque ninguno será buen escritor ú orador sin seguir con alguna confianza el suyo. Sobre el arte de componer, corregir, leer, é imitar, debe consultarse lo que dijo Quintiliano en el *lib. x.* de sus instituciones oratorias.

La 4.<sup>a</sup> es acomodar siempre el estilo al asunto, y á la capacidad de los oyentes, ó lectores. No merece nombre de elocuente, ó bello, lo que nos es para la ocasion ó persona á quien se habla; como, v. g. decir alguna cosa en estilo florido ó poético, en ocasiones en que se debe tratar solamente de arguir y racionar, ó hablar con pompa y aparato de expresiones á gentes que no las comprendan.

La 5.<sup>a</sup> y última es, que en ninguna cosa pongamos tanta atencion en el estilo, que nos olvidemos en poner mucha mayor en los pensamientos. *Curam verborum*, dice Quintiliano, *rerum volo esse sollicitudinem*. Mas fácil es vestir con alguna belleza de expresion sentimientos comunes y triviales, que cimentar la composicion en pensamientos vigorosos, ingeniosos, y útiles. Esto último pide genio: para lo primero basta el arte. Verdad es, que el oido del público está ahora tan hecho á un estilo correcto y adornado, que ninguno debe descuidarse en este punto. Pero es despreciable, el que solo cuida de esto; y el que no pone todo su conato en el asunto, y en el uso de los adornos varoniles que puedan hacerlo recomendable. *Majore animo*, dice el escritor á quien he citado tantas veces, *aggreudienda es elocuentia; quæ si toto corpore valet, unguis pollire, et capillum componere non existimabit ad curam suam pertinere. Ornatus et virilis, et fortis, et sanctus sit; nec effeminatam levitatem et fuculentum colorem amet; sanguine et viribus niteat*. Véase la leccion XIX.

Ya dije, que en las lecciones xx y xxi examiné el estilo de Cervantes y el de Saavedra.